

FIESTA Y RELIGION EN PUNTA CORRAL (Pcia. de JUJUY)

Por CIRO RENÉ LAFON

PRIMERA PARTE

1. INFORMACIÓN PRELIMINAR.

Las páginas que siguen tienen como finalidad dar a conocer a los estudiosos la planificación, el desarrollo y los primeros resultados de un viaje de investigación llevado a cabo por un grupo de estudiantes de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires, bajo la dirección del autor, que fue quién canalizó sus inquietudes, orientó sus entusiasmos y guió sus pasos iniciales en el campo de la encuesta científica. Integraban el equipo los señores Pablo Aznar, Santiago Bilbao, Rodolfo Merlino y Alfredo Scalfaro, a los que se agregó, ya en el lugar de trabajo, el Sr. José A. Rodríguez, del Instituto Nacional de Investigaciones Folklóricas. Todos pusieron en la empresa la misma sinceridad e idéntico calor, y algo que es fundamental: camaradería, calor humano y la dosis suficiente de sentido del humor, imprescindibles para la convivencia y el trabajo fructífero. Con estos antecedentes se comprenderá que la tarea de Mentor reservada para quien esto escribe se vio facilitada en grado sumo. El trabajo, la decisión, la iniciativa y también las fatigas, los esfuerzos y las compensaciones se repartieron por igual entre todos y cada uno.

La idea de intentar una investigación de este carácter nació en nosotros durante el invierno del pasado año 1961, cuando al retorno de una temporada de excavaciones arqueológicas en la Laguna Colorado (Departamento de Tilcara, Pcia. de Jujuy), decidimos llegar hasta el Santuario de Punta Corral, uno de los lugares más tradicionales y venerados de la provincia, adonde acuden anualmente miles de promesantes y peregrinos. En esa oportunidad conversamos por primera vez, como un promesante o un peregrino más, con el Esclavo. Un prolongado diálogo, matizado con café, alcohol y cigarrillos, que hicieron más tolerable la frígida noche de agosto, nos permitió comprender que era una necesidad impostergable asistir a las ceremonias que inte-

gran la fiesta de Punta Corral, para documentar fielmente un proceso cultural y social en vías de radical transformación, si no de extinción total, dada la celeridad del cambio que se está produciendo.

De regreso ya en Buenos Aires conversamos con el Dr. Augusto R. Cortazar a quien hicimos partícipe de nuestras inquietudes. En su palabra autorizada de maestro, de colega y de amigo encontramos el aliento que nos faltaba. Y decimos aliento porque teníamos, un poco, la impresión, como sin duda la tendrá alguno de los lectores, de que nuestro afán podría ser interpretado como el producto del engreimiento de un arqueólogo que incursiona por un campo que no le es propio. Teníamos, y lo confesamos sin ambages, algún prurito personal, si bien, prácticamente, pensamos, y creemos firmemente, que las diversas especialidades de las Ciencias Antropológicas no son compartimientos estancos ni deben ser mirados como tales. Cortazar nos dió el empuje definitivo. Declaramos, porque es de estricta justicia, que lo consideramos como nuestro guía. No sólo por su palabra de aliento sino también porque hace ya más de una década lo vimos partir desde Tilcara, jinete en una mula negra, rumbo a Punta Corral, en su primer visita al Santuario, y oímos, a su regreso, de su propia boca, algunos de los datos que más adelante usaremos como antecedente. No imaginábamos en aquel momento que luego seguiríamos sus huellas.

El planteo real del viaje fue el resultado de una serie de conversaciones mantenidas con algunos alumnos de la Licenciatura de Ciencias Antropológicas quienes, firmemente interesados y entusiasmados, hicieron posible la realización. Este impulso juvenil pudo más que la escasez de fondos: uno ofreció su filmadora, otro su automóvil, este su oficio de fotógrafo, aquel los grabadores. Los gastos de combustible, comida, material fotográfico y fonomagnético, serían prorrateados. Quedó convenido ya que partiríamos el viernes previo a la Semana Santa, fecha con la que coincide la fiesta de Punta Corral.

El plan de trabajo previsto desde Buenos Aires era muy simple: obtener la mayor documentación fotográfica, cinematográfica y sonora posibles, de un fenómeno cultural en vías de transformarse totalmente, cuyo conocimiento era de trascendental importancia para nosotros. Contábamos para ello con cinco máquinas fotográficas y una filmadora, material en blanco y negro y en color, dos grabadores portátiles, y como es lógico, nuestras libretas de apuntes para completar y ordenar la documentación. Hubo desde el primer momento un compromiso: cada uno haría su parte según se presentaran las circunstancias, según

sus posibilidades y con absoluta responsabilidad. Reservamos para nosotros la tarea de planear, dirigir y organizar el futuro desarrollo de la investigación a partir del Domingo de Ramos, día fijado para iniciarla. Nuestra llegada a Tilcara, prevista para el sábado, nos daría tiempo suficiente para asistir a todos los actos que anteceden a la partida de los promesantes hacia Punta Corral, en busca de la imagen de la Virgen.



Fig. 1 — Mapa de la zona investigada. En el círculo y subrayada, Punta Corral.

Para tener mayor facilidad de movimiento, y dividir la tarea, como así también para abarcar dos aspectos, importantes ambos, del desarrollo de la ceremonia, decidimos que dos de nosotros, Merlino y el que escribe, subiríamos el Lunes Santo hasta el Santuario, adelantándonos al grueso de los promesantes, para recoger información y grabar, si fuera posible, una entrevista con el Esclavo. El resto, con todo su equipo, subiría con alguno de los grupos de promesantes, para recoger y documentar todo ese otro aspecto del fenómeno. Esa fue la tarea de los señores Aznar, Bilbao, Rodríguez y Scalfaro. Convinimos también nuestro encuentro en el Santuario para seguir trabajando todos a la vez y, finalmente, acompañar el regreso de la procesión hasta Tilcara, sin perder un detalle de la misma.

Según se verá más adelante, el desarrollo de la investigación se vió facilitado por nuestros contactos anteriores, nuestras conexiones previas y, más que nada, por nuestra visita anterior. Mucho contribuyó también nuestro conocimiento de un conflicto local respecto de la tenencia de la imagen de la Virgen, en el que tomamos partido no sólo como hombres sino también como antropólogos, acerca del cual no es oportuno hablar aquí. Pero, por encima de todo, el factor más ponderable estuvo dado por la eficiencia, la actividad y la ductilidad de los miembros del grupo de trabajo que reemplazaron con ellas una experiencia que estaban empezando a acumular.

En cuanto a la información previa sobre el fenómeno que íbamos a observar, no resultó demasiado sugerente para el tipo de trabajo que habíamos planeado, lo que no impide que a continuación hagamos una referencia sumaria de su significación, para que se entienda que, en rigor de verdad, llegamos vírgenes de información y de prejuicios. Nos interesaba el fenómeno todo, con todas sus implicaciones sociales, políticas, históricas y religiosas. Aspirábamos a documentarlo lo mejor posible, para intentar luego valorarlo en su debida magnitud. En esta línea de pensamiento, como se ve con claridad, poco tuvieron que hacer las menciones circunstanciales de la fiesta de Punta Corral que han tomado estado público. Por eso sólo nos detendremos en aquellas que han intentado captar o dar a conocer el fenómeno completo, evitando las menciones de tipo calendárico o referencias casuales, que si bien podrían añadir un matiz erudito a nuestra contribución, no alcanzarían para aclarar, ni siquiera parcialmente, el problema central. Sirvan de ejemplo las descripciones noveladas de Armanini¹. Ninguna de ellas alcanza a dar una idea exacta ni de la dinámica socio-cultural del fenómeno, ni de su esencia religiosa.

De muy distinto carácter es la información que Coluccio² recoge en un trabajo reciente. Sobre algunos datos proporcionados por Cortazar, ensaya una brevísima pincelada sobre la ceremonia en conjunto, que si bien contiene una enumeración casi completa de sus rasgos constitutivos, desde el Esclavo a los Guardias de la Virgen, está lejos de reflejar la dimensión total. Se adivina que su informante, si no es Armanini, a quien cita respecto de la Semana Santa en Tilcara en la misma página, tampoco ha captado en su integridad todas sus manifestaciones.

Párrafo aparte merecen varias notas que Cortazar publicara en la revista *El Hogar* sobre su viaje a Punta Corral, a comienzos del

año 1953. Representan una valiosa contribución para el conocimiento de la historia de la Virgen de Punta Corral y de la erección del Santuario. Contienen información seria que en su momento utilizaremos como elemento de juicio, y varias fotografías, incluida una del Esclavo en funciones en ese entonces, que le prestan adecuado complemento. No tienen información personal sobre la fiesta en sí porque Cortazar no la vio ni participó en ella ³.

Nos hemos detenido solamente en estos tres ejemplos porque constituyen una clara muestra de la información disponible. Otro tipo de notas periodísticas, folletos para turismo, postales o publicaciones parroquiales, hemos decidido dejarlas de lado porque no añaden nada, salvo el detalle curioso, a nuestra argumentación. La compulsión de otra documentación, léase la encuesta del Magisterio, está siendo cumplida.

Por último, antes de seguir adelante con nuestra exposición, creemos conveniente decir una palabra respecto de su intención y de su finalidad. Debe ser entendida como una información previa, como un planteo de cuestiones, como una manifestación de opiniones, como una presentación de problemas, como la primera parte de una tarea más compleja, que algunos alumnos de la Licenciatura de Ciencias Antropológicas han elegido para probar su fuerza. La segunda parte, ya ha sido cumplida durante el mes de agosto de 1962: uno de nosotros, el Sr. Santiago Bilbao, acompañado por los señores Jorge Bracco y Miguel Hángel González, ha cumplido el relevamiento y estudio de toda la comunidad de Punta Corral. Relevamientos complementarios han sido llevados a cabo en la misma época por otros dos integrantes del grupo inicial, los señores Merlino y Aznar, acompañados por las señoras Mirtha Gerber y Ana María Mariscotti, con gran acopio de documentación inédita.

Probada ya la solidez de la vocación, habiendo tomado contacto con la realidad, estamos empezando a recorrer el áspero camino del conocimiento de un sector de nuestra cultura que, dígame lo que quiera, es todavía casi desconocido. Recién hemos empezado, pero ya admiramos y respetamos a quienes han trabajado, y trabajan, con nosotros, honestamente, sinceramente y humildemente. Todo lo esperamos de ellos, porque todo estamos dándoselo.

2. LOS PRIMEROS CONTACTOS ENTRE LA REALIDAD Y NOSOTROS.

Nuestro primer contacto con las ceremonias vinculadas con la fies-

ta de Punta Corral y sus participantes, tuvieron lugar el domingo, cuando la Bendición de los Ramos. Sin embargo, conviene advertir desde ya, que los festejos de Punta Corral, aunque acoplados al ciclo de conmemoraciones de Semana Santa, tienen una individualidad propia y una significación totalmente distinta. Las únicas relaciones visibles entre una y otra celebración son puramente circunstanciales, pues no van más allá del hecho de que algunos promesantes lleven ramos para la bendición, que alguna banda de sicuris ejecute su música en esa oportunidad y luego sea una de las que van a buscar a la imagen, y que la llegada a la iglesia de Tilcara sea el Miércoles Santo. Esto último se hace por disposición de la autoridad eclesiástica, de modo que su significación para nuestros fines, es prácticamente nula. Fuera de estos contactos accidentales, nada vincula lo uno con lo otro. Al contrario, para quien haya tenido oportunidad de analizar los dos tipos de acontecimientos aparece, con toda evidencia, una diferencia esencial, que consiste en la posición, mejor dicho, el rol desempeñado por devotos, peregrinos y creyentes. En la fiesta de Punta Corral son actores y participan de una liturgia común, mientras que, una vez llegados al pueblo, asisten como espectadores a una *mise-en-scène* montada para otra gente, de otra categoría, de otra cultura y con otra simbología, en la que los dignatarios de la Iglesia llevan la dirección, la voz cantante, en base a su prestigio y a su acción personal. Ya volveremos sobre ésto más adelante, cuando llegue el momento de hacer frente a las incógnitas que nos hemos planteado después de nuestra primera revisión del material obtenido.

Esa mañana tuvimos clara conciencia de cómo iba a desarrollarse nuestra tarea. Todo marchó de acuerdo con lo previsto. Conexiones y relaciones previas habían funcionado a la perfección. Más aún, completamos nuestro panorama de posibilidades al reconocer en uno de los directores de las bandas de sicuris que tocaban en la plaza durante la Bendición de los Ramos, al Sr. Rosso, antiguo conocido nuestro. Su amistad y colaboración permitieron que Aznar, Bilbao, Scalfaro y Rodríguez se sumaran a su grupo, que el lunes por la noche partiría hacia Punta Corral encabezando un nutrido grupo de promesantes. Al mismo tiempo, convinimos que esa tarde en su propia casa, grabaríamos todo el repertorio utilizado en las ceremonias religiosas con las explicaciones del caso. Y así lo hicimos. También aprovechamos la oportunidad de nuestra presencia en la plaza para hacer conocer la finalidad que nos guiaba, que anunciamos como la obtención de una documentación

exacta de las diversas ceremonias a cumplirse para hacerlas conocer en el sur. Esta manera de plantear nuestra presencia y nuestra actitud tuvo amplio eco, hizo carne en la gente, fué aceptada con agrado, circuló con rapidez, y contribuyó a nuestro desempeño.

Al día siguiente, lunes, alrededor de las 14.20 hs. partimos hacia Punta Corral, tal como había sido programado, el Sr. Merlino y yo. Nos detuvimos en cada uno de los calvarios para documentarlos gráficamente, desde el calvario de la Peña hasta Chilcahuada y el calvario del Abra, para llegar finalmente al calvario de acceso al Santuario, cuando eran ya las 20.30.

De ahí en adelante, según indican los ritos vigentes, seguimos con nuestros caballos de tiro hasta enfrentar las puertas de la Capilla donde, una vez hincados, adoramos reverentes a la Mamita de Punta Corral, mientras nuestro guía, don Santos Rivero, cuidaba nuestras cabalgaduras. Al fin, habíamos alcanzado nuestro objetivo y habíamos llegado al momento decisivo, en el que íbamos a entrar en contacto con el Esclavo de la Virgen. De esta entrevista dependía el éxito de nuestra gestión. Aunque habíamos tratado con él el año anterior y habíamos anunciado nuestra visita, no sabíamos cuál podría ser su reacción en ese momento. Ahora era él el centro de atracción, era el maestro de ceremonias, el *leader* de todo el grupo, casi el dueño de la fiesta. Ocupaba el primer lugar. Era el verdadero protagonista del drama que nosotros veníamos a estudiar.

Tan sólo cinco minutos decidieron el resultado. Haber pretendido una integración automática no sólo de quien escribe sino de cinco personas más, desconocidas para él, hubiera sido un absurdo, como absurdo hubiera sido intentar en este mismo lapso un proceso de participación activa en una liturgia que, no por esperada y simple, dejaba de ser difícil. Con esta seguridad saludamos a don Alberto Méndez, el Esclavo de la Virgen, y le propusimos lo que podría denominarse un pacto de caballeros, que él aceptó y respetamos íntegramente. Fue un acuerdo convenido entre dos jefes de grupo. Uno de ellos era él, el Esclavo, máxima autoridad y líder indiscutido de los devotos, creyentes y promesantes que participaban en la fiesta, que autorizaba al otro jefe de grupo a proceder con sus ayudantes a la grabación, fotografía y filmación de todo aquello que nos interesaba, con la condición expresa de hacerlo conocer en el sur, con toda la veracidad y la solemnidad que lo rodeaba, comprometiéndose al mismo tiempo, a propor-

cionar toda clase de información para evitar dudas y malas interpretaciones.

El argumento que decidió la actitud del Esclavo no pudo ser más simple. "Queremos mediante esta documentación hacer conocer allá en Buenos Aires, cómo vive, cómo habla, cómo piensa, cómo cree la gente de Punta Corral, que es tan argentina o más que la de la Capital". Esto ha de sonar para muchos como algo *démodé*, pero tiene un significado altamente aleccionador para todos nosotros, hombres de ciudad, dominados por la ley de esta selva de cemento, por todo lo que tiene de hondo sentir nacional y argentino. Nuestra impresión se hizo más fuerte al día siguiente, cuando nuestro planteo circuló de boca en boca. Cantidad de personas vinieron a saludarnos y a agradecernos lo que estábamos haciendo. A título informativo recordaremos tan solo las expresiones de una señora de Abrapampa, ya entrada en años, que nos decía: "Hacen ustedes bien, doctor. Diga cómo somos, muestre cómo vestimos, haga saber en qué penurias vivimos. Nosotros, que como criollos de aquí, de abuelos criollos, que eran criollos los abuelos de los abuelos, no somos nada. No tenemos nada. Todo lo tienen ellos. Ellos son los dueños". "Ellos" eran los miembros de una colectividad extranjera de peculiar significación en la zona. Esta sola lección bien valía el viaje.

Adquirimos de ese modo un compromiso y una responsabilidad enorme. En todo momento don Alberto Méndez y nosotros sabíamos lo que estábamos haciendo. Nunca se mostró servil ni se humilló jamás. Una bizarra hidalguía y altiva serenidad emanaban de su persona cada vez que hablábamos. Tenemos la seguridad de que no nos regaló nada. Tenemos la seguridad de que entendió perfectamente qué era lo que nosotros queríamos y de que era perfectamente conciente de lo que nos daba y de lo que ello significaba para nosotros. Pero al mismo tiempo, tenía conciencia de lo que significaba para ellos. Estamos seguros también que aprendió que nosotros no íbamos "a meter la nariz en sus casas", sino que estábamos intentando aprender nosotros a entenderlos a ellos.

En el transcurso de la primera entrevista conocimos al ayudante del Esclavo, señor Daniel Flores, que se convirtió después en uno de nuestros más activos colaboradores, y convinimos con ambos que esa misma noche, alrededor de las 23 hs., grabaríamos una larga entrevista en nuestro alojamiento. Este "nuestro alojamiento" era una vivienda de piedra y adobe, propiedad del Sr. Kalisaya, que nos sirvió

de centro de operaciones, ubicada como está a unos 300 metros del conjunto de viviendas que rodean el canchón o plaza, en uno de cuyos extremos se levanta la Capilla.

Nuestra suerte había sido echada. De ahí en adelante, tal como se planteaban las cosas, todo dependería de nuestra habilidad, de las oportunidades que se nos presentaban y de cómo supiéramos aprovecharlas. Se nos habían abierto las puertas y las posibilidades eran incalculables. Dejamos, pues, a don Alberto, en la Sacristía de la Capilla, nos unimos a nuestro guía y marchamos a nuestro alojamiento. Llevábamos una impresión imborrable de este hombre que acababa de erigirse en nuestro informante mayor. Ya lo respetábamos. Y en poco más de setenta y dos horas aprenderíamos a quererlo.

Al salir por el costado derecho de la Capilla, ya noche cerrada pero con luna llena, tuvimos una inolvidable visión de conjunto del caserío de Punta Corral. Se trata de un gran espacio rectangular, cuyo eje mayor se orienta en dirección este-oeste, delimitado por una serie de habitaciones contiguas, no comunicadas entre sí, hechas con adobes y con una sola abertura, que sirve de entrada y única ventilación, destinadas al alojamiento de los peregrinos. No pasan de una veintena, carecen por completo de lo que nosotros entendemos por comodidades y no existe absolutamente ninguna instalación sanitaria. En cada una de ellas pernoctan entre diez y cuarenta personas, que duermen en el suelo, una junto a otra, cubiertas por ponchos y mantas. La promiscuidad es completa: hombres, mujeres, niños, jóvenes, viejos, chicos y grandes, duermen codo a codo. La noche de nuestra llegada quedaban todavía algunos lugares libres, pero la incesante afluencia de peregrinos hizo que al día siguiente, colmada ya su capacidad de absorción, se vieran durmiendo en el suelo sobre lechos de paja, cubiertos con ponchos y cerca de los muros, a muchos devotos que descansaban de sus fatigas.

Aprovechamos también para visitar con tranquilidad el interior de la Capilla, a la que entraba y de donde salía una fila continua de promesantes. La vivencia resultó fuertemente tocante y algo sobrecogedora. Muchos fieles permanecían en su interior, algunos "por devoción", otros para evitar, siquiera fuera por unos momentos, el frío intenso de la noche, pues no se permite pernoctar allí. Los escasos bancos estaban colocados contra las paredes. Al frente, cerca del comulgatorio, un extraño catafalco, el velero, suerte de mesa de latón integrada por varias decenas de receptáculos para velas, humeaba cons-

tantemente, chorreaba incesante cebo y estearina y prestaba un aroma especial al ambiente. La única luz provenía de esas velas encendidas que chisporroteaban y titilaban alternativamente, proyectando fantasmales siluetas sobre los muros. La gente aparecía silenciosa, taciturna, inmóvil, azorada, una vez que entraba y tomaba gracia de la imagen que estaba a la izquierda en el altar. Generalmente, entran de rodillas y suben hasta la imagen, toman gracia y descienden siempre de rodillas, sin dar la espalda. Luego se incorporan y si traen velas las encienden, las colocan en el catafalco y permanecen como hipnotizadas o en trance, observando cómo se consumen.

Pocos rezos se oían. Sólo el lloro de alguna guagua turbaba ese pesado y ominoso silencio. La fuerza espiritual que se desprendía de ese grupo de peregrinos en ese momento era tan intensa que podía sentirse casi físicamente. Una sensación extraña nos dominaba, sensación que se repitió después cada vez que volvimos a entrar en ella durante los días de nuestra permanencia. Era una impresión difícil de definir. Distinta, en todo caso, de la que sentimos como creyentes en una catedral. No teníamos la sensación de hallarnos en una "iglesia" para adorar y venerar al Dios de las Escrituras, sino la de que estábamos asistiendo a la celebración de un rito colectivo en el que todos y cada uno desempeñaban un papel especial, tácitamente preestablecido, en un recinto de adopción y con una liturgia extraña también a su origen autóctono.

Con esta sensación oprimiéndonos el pecho, y con aquella imagen clavada en la retina, nos encaminamos hacia la casa de Kalisaya, sin una palabra, sin un gesto. El aspecto que presentaba ahora el canchón cuadrangular, rodeado por las viviendas, a la luz clara de la luna llena y de varias fogatas encendidas para combatir el intenso frío de la noche, un poco desdibujado por las nubes de humo, configuraba una visión que no olvidaremos jamás. Ni Merlino ni yo creímos conveniente decirnos una sola palabra hasta que nos dispusimos a preparar los grabadores para la entrevista programada. Las primeras impresiones habían tenido la virtud de hacer que empezáramos a tener conciencia real de que estábamos ya viviendo en otro mundo cultural.

3. UNA ENTREVISTA FRUCTÍFERA.

La entrevista esperada constituía para nosotros la segunda prueba de fuego, pues de ella dependía gran parte de nuestra posibilidad de información. Concientes de la oportunidad, Merlino y yo, nos pusimos

de acuerdo sobre la conducta a seguir. En primer lugar demostraríamos a nuestros visitantes el exacto valor y las ventajas del grabador, como asimismo la sencillez de su manejo y su total veracidad mediante una prueba práctica. Esta prueba reforzaría otro de los argumentos esgrimidos con anterioridad que giró alrededor de la siguiente proposición: "es más convincente, más verídico, más eficaz y tendrá el valor de algo vivo y real, que oigan la propia voz de ustedes relatando acontecimientos y explicando situaciones, que nosotros leyendo o contando lo que ustedes digan". Si esta tesis triunfaba, la entrevista se desarrollaría no con carácter de tal sino con el tono de una conversación entre amigos, en cuyo transcurso se tocarían temas de nuestro interés particular.

El desarrollo posterior de la entrevista, como así también el desarrollo de otra complementaria celebrada el Jueves Santo en Tilcara, ha demostrado la importancia decisiva de una buena prospección anterior, de una toma de contacto previa. Eso tiene tanta o más importancia que haber agotado previamente toda la información existente, que en este caso era prácticamente nula. Nuestra prospección anterior, la observación del medio ambiente, la documentación visual y sobre todo, la relación previa con personas e informantes incluido el Esclavo en persona, fueron factores de consecuencias netamente favorables. Nuestro conocimiento de personas, hechos, circunstancias y accidentes geográficos, cuando no de nombres, fechas o acontecimientos lugareños, promovían el asentimiento y producían eco fácil en nuestra conversación que, en ameno y flúido diálogo, natural a veces, otras titubeantes, fue celosamente recogido por nuestra cinta magnetofónica. También convinimos que la conversación discurriría sin planes estrictos, sin prisa pero sin pausa, alrededor de algunos de nuestros centros de interés, dejando que ellos hablaran naturalmente y siguiendo el hilo de sus propias asociaciones. Estas fueron las razones que motivaron una entrevista complementaria para llenar algunos claros.

Entre preparativos y planes habían llegado las 23.15. Esperábamos que transcurriera un cuarto de hora más para que llegaran nuestros visitantes y como no llegaban decidimos ir a buscarlos, temiendo, por un momento, que nuestros propósitos fallasen. Afortunadamente, no fue así. Y decimos "afortunadamente" no sólo porque pudimos cumplir con nuestros fines, sino porque nuestra decisión de ir por ellos nos permitió conocer cabalmente un aspecto hasta ahora desconocido de don Alberto y de su papel real en el seno de su grupo.

En efecto, llegamos hasta su casa y luego de hacernos anunciar, fuimos recibidos en su propia habitación, dormitorio, comedor, sala de tocador y de recibo al mismo tiempo. Ahí vimos, en actitud al natural, en su medio, a Don Alberto, su ayudante, su esposa y la viuda del Esclavo anterior. Cada uno de ellos tenía su parte asignada en lo que constituye realmente el drama de Punta Corral, pero nosotros todavía no lo sabíamos. Podemos decir, sin lugar a dudas, que en ese momento comenzamos a tomar contacto real con esta comunidad folk, a través de algunos rasgos altamente significativos, que iban más allá de lo que podía ser nuestra admiración o curiosidad de occidentales. Sobre ellos discurriremos inmediatamente pues fueron previos a la entrevista grabada.

El Esclavo nos recibió con simpatía y llaneza, no exentas de dignidad y real conciencia de su papel. Nos presentó a su tía, doña Dionisia Zubelza de Torres, de más de ochenta años de edad, viuda del Esclavo anterior. Una anciana vestida a la usanza lugareña, agobiada por la edad y la dura existencia, de rasgos marcados a buril y con la voz cascada por los vientos cerriles. Su fisonomía es dura, pero su mirada trasunta bondad. Nos atendió con amabilidad y dijo saber algo ya de nuestras intenciones, manifestando a la vez cierta sorpresa al ver hombres que habían llegado de la ciudad, pasando molestias e incomodidades, a un lugar raramente frecuentado por gentes de ese tipo. Goza doña Dionisia, aunque ya anciana y algo desmemoriada a veces, de un status especial, en su calidad de viuda del Esclavo anterior. Es algo así como la matriarca. Para todo es consultada, ocupa el lugar de privilegio en la Capilla mientras se rezan novenas y rosarios, dispone de alimentos y alojamientos, y es objeto de respeto y veneración por los peregrinos, que entre ellos la llaman "la Esclava". Una idea de su rol protagónico está dada por el hecho siguiente: al iniciarse la procesión rumbo a Tilcara el Miércoles Santo, las andas de la Virgen son colocadas sobre sus hombros y las transporta los pasos iniciales, tanto como le permiten hacerlo su avanzada edad y decrepitud, lo que constituye, sin lugar a dudas, una real primicia para su rango y su representación. Claro que en la práctica, el que dispone y ordena, es el Esclavo actual, escudado siempre en una prometida consulta con su tía, antes de dar una contestación definitiva. Sin que hasta el momento hayamos tenido ninguna otra información accesoria, subrayamos como digna de ser tenida en cuenta esta posición de la viuda de

Torres y el hecho de que el cargo de Esclavo haya pasado de tío a sobrino.

Una segunda observación notable, no sólo por las actitudes de los participantes sino también por su significación etnológica, terminó de convencernos de que estábamos en un instante provechoso. Conocimos a la esposa de don Alberto mientras ella le anunciaba la presencia de dos promesantes que querían saludarlo, uno de ellos, la señora de N.N. Insistió especialmente en esta última "que no es la que yo conocí el año pasado" según repitió varias veces a su marido. Una vez que fueron recibidos, asistimos al diálogo que se entabló entre ellos, que satisfizo plenamente la curiosidad de la señora de Méndez. Había ocurrido simplemente que el Sr. N.N. había decidido cambiar de mujer y tenía otra a prueba, cosa que fue entendida y aceptada como lo más natural por sus interlocutores, originando a la vez un comentario aclaratorio de Don Alberto dirigido a nosotros, más o menos en estos términos: "Y bueno, que se va a hacer... Si no le gusta... hay que cambiarla". La conversación derivó por sus cauces corrientes y ninguno de ellos perdió su naturalidad ni la exacta noción del papel que jugaban, pese a nuestra presencia, ni durante el diálogo mencionado ni cuando besaron la mano del Esclavo, que aceptó el homenaje con la dignidad y seriedad de un obispo que da a besar su anillo. Estos hechos nos dieron una verdadera inyección de optimismo. Habíamos visto a nuestros personajes actuando en su propio medio y observábamos ciertos detalles significativos de status y actitudes; habíamos visto aflorar el *servinacuy* todavía en uso; nuestra presencia era admitida y tolerada, puesto que era consentida por el *leader* de ese tiempo y lugar. Había empezado a funcionar nuestro pacto al recibir esta autorización práctica para asistir a esta recepción de peregrinos, en la que estaban presentes, además, doña Dionisia, la Sra. de Méndez y Daniel Flores.

La tercera observación, hecha ya cerca de medianoche, cuando nos dirigíamos hacia nuestro albergue con el Esclavo y su ayudante para cumplir con la entrevista que teníamos pendiente, se refiere a algo que ya hemos adelantado respecto del alojamiento y de la promiscuidad de los peregrinos. Nuestros acompañantes hicieron una de sus recorridas nocturnas por todas las habitaciones para ver si todo se desarrollaba normalmente e insistieron en que los acompañáramos para comprobar "con nuestros propios ojos" el aprovechamiento de las instalaciones. Y en verdad que las aprovechaban. En cada una de ellas el haz de luz de nuestras linternas descubría, hacinados en el suelo, en

una confusión de mantas, ponchos, arneses y monturas, varias decenas de personas, de toda edad, de todo sexo, de toda condición, soportando estoicamente las incomodidades, al par que dándose mutuamente el calor necesario en una noche de intenso frío. Hombres, mujeres y niños, codo a codo, cabeza con cabeza, compartían el duro lecho que la Madre Tierra les ofrecía, más algunos perros que aumentaban la temperatura ambiente. . . Al reconocer a don Alberto, saludaban respetuosamente. Otros, los más, volvían la espalda o dejaban oír algún rezongo al sentir turbado su descanso por la luz de la linterna o las voces desconocidas. En cierta oportunidad el ayudante, por indicación del Esclavo, ordenó la distribución más equitativa de los espacios ocupados para que más personas pudieran cobijarse. Terminada la recorrida, llegamos a destino. Ibamos a iniciar el registro mecánico de nuestras informaciones directas.

4. DOS PERSONALIDADES OPUESTAS.

Estábamos ya frente a frente, don Alberto Méndez y don Daniel Flores, Esclavo y ayudante, y nosotros, grabador por medio. Mientras Merlino daba los últimos toques a su aparato, ofrecíamos a nuestros informantes ginebra, coca y cigarrillos. El primero denegó simplemente la coca —tenía su acullico— pero aceptó un trago de ginebra. El segundo, rechazó totalmente nuestro ofrecimiento, dando una serie de explicaciones referentes a su relación con los promesantes, que no debían verlo ni mascando coca ni oliendo a alcohol; que no era reverente entrar y salir de la Capilla coqueando, y una serie de argumentos del mismo estilo. Pero avanzando el tiempo, fumó un par de cigarrillos y tomó unos buenos tragos. A los pocos minutos de iniciado el diálogo —que grabamos un poco subrepticamente— lo interrumpimos para hacérselo escuchar. El resultado no se hizo esperar. Primero, sorpresa; luego, la estupefacción y desasosiego que produce siempre el escuchar uno su propia voz reproducida; luego la conformidad tácita. Habíamos ganado la batalla. Todo estaba bien. Había acuerdo, interés, y lo más esperado: buena disposición.

La entrevista se desarrolló con fluidez, girando acerca de ciertos puntos de interés fundamental, como por ejemplo, biografía de los informantes, historia de la Virgen, historia de la aparición de la Virgen y su desaparición, desarrollo e integración de la procesión, ceremonias que se cumplen desde la llegada de los promesantes hasta la

partida, la "pisada" con la Virgen, la distribución de *la tierrita*, los arcos de flores, la adoración por distintas bandas de sicuris, incluida la llegada, canto y salutación, los rosarios, las limosnas y su destino, la alumbrada, la bendición, etc. En algunas ocasiones volvimos sobre lo preguntado, como en el caso de los ex votos. Nos dijo que eran puestos y ofrendados antes y no después, y como tuvimos dudas, hicimos nuevamente la pregunta al cabo de cierto tiempo, obteniendo la misma respuesta. No conformes, días después insistimos por otro lado, pero no hubo contradicciones.

La información fue clara y rotunda. Hubo cierta reticencia en cuanto a la enumeración de los milagros que se atribuyen a la Virgen de Punta Corral. Durante el viaje de 1961, sin grabador y casi a solas, relaté algunos, pero ahora no fue así. Recién entonces fue dable observar, ante nuestra insistencia para que contara algunos, una especie de temor a la sanción de la jerarquía eclesiástica, más un poco de temor de ser mal interpretado. Otro tanto ocurrió cuando rozamos temas respecto de viejas creencias y supervivencias que demostró conocer don Alberto, de las que habló con ademanes y gestos, que daban a conocer que eso no era cosa de él, que él estaba por encima de todo eso, que son costumbres de "los antiguos de antes" que todavía perduran. No insistió; pero no porque no crea o porque no las respete, sino porque prefiere no hablar de ellas, pues su condición de Esclavo de la Virgen no condice con las viejas creencias y no es lógico atraer sobre sí la atención de la Iglesia con problemas de esa índole. Esta reflexión es nuestra, de aquel momento, y nos convalidamos en ella más adelante, al analizar muchas de sus actitudes a lo largo de diversos actos y ceremonias.

Conversamos durante más de una hora. A medida que los minutos fueron transcurriendo pudimos advertir que la corriente de comunicación se iba haciendo cada vez más intensa. El comportamiento de nuestros informantes, si bien totalmente distinto, estuvo acorde con las circunstancias y con su papel en el complejo fenómeno religioso y social que estábamos empezando a estudiar. También pudo comprobarse entre ellos una notable diferencia en la fluidez de la exposición y en la manera de tratar a la gente que participaba de los diversos actos, diferencia que puede atribuirse a la distinta posición respecto del papel de los promesantes, que a su vez, es consecuencia directa de su frecuentación de los centros urbanos y de la religión oficial.

Don Alberto, hombre maduro, que sólo ha conocido circunstan-

cialmente algún centro ciudadano como San Salvador de Jujuy, sigue fundamentalmente apegado a la tierra, a su tierra quebradaña y a sus pobladores. Ha sido anteriormente obrero en Tumbaya y Volcán. Es un hombre de cerro, casi virgen aún de dobleces y mala fe, que vibra estremecido ante las fuerzas telúricas ancestrales, que padece su papel de Esclavo, que pone sus buenos oficios para hacer más llevadera la vida de sus paisanos. Meditaba sus respuestas, se expresaba con voz calma y reposada, medía sus palabras. Fué lacónico y parco. Humilde pero no vergonzante. A lo largo de algunas de sus intervenciones pudo advertirse una medida extrema, una bondad manifiesta y un sentido realmente de "pastor de almas", para los fieles. Pero con una preocupación que lo hacía aparecer más bien como responsable directo de sus vidas, de su bienestar corporal y de sus comodidades, que como alguien que se preocupa por la salvación de su alma o sus problemas de conciencia. Tampoco se le vio, en ningún momento, preocupado por cuestiones formales o por cuestiones de dogma que, por otra parte, le son completamente ajenas. Podríamos decir que llevaba naturalmente su dignidad, sin pompa, sin insignias, sin arrebatos, sin imposiciones. Era simplemente el "Esclavo" y nada más. Pero nada menos tampoco. El significado real de esta institución es una de las incógnitas a resolver. Seguramente se trata de algo más que "el dueño" del Santo, o de una versión local de los mayordomos, de raigambre hispánica. Si fuera por su papel, podría considerarse como *Huacacpuillac*, según puede verse en Arriaga⁴, la permanencia y proyección de una institución prehispánica, que le precedió. Eso es real, pero el problema resultó más serio de lo que vimos en el primer momento.

Daniel Flores, el ayudante, representa el polo opuesto. Su propia vestimenta: traje negro, camisa blanca, corbata negra y sombrero negro; su actitud en conjunto, denuncia a las claras al hombre ciudadanizado. Acude todos los años a Punta Corral a colaborar con Don Alberto en ocasión de la afluencia de fieles. Normalmente vive en las afueras de San Salvador de Jujuy, capital de la provincia, y está vinculado estrechamente con las actividades eclesiásticas, las procesiones y las festividades religiosas, en especial, las fiestas capitalinas de la Virgen del Rosario. Vive mortalmente preocupado por la forma externa, el orden, la jerarquía, y el exacto cumplimiento de la pompa. Vigila la actitud de cada uno de los participantes y casi hasta mide el tiempo que cada uno de ellos ocupa en adorar o tomar gracia.

Los trata imperativamente, cuando no los zamarrea vigorosamente. Los mira "desde arriba"; no es "uno de ellos". Los dirige y hasta los empuja violentamente, si por casualidad alguno se detiene, haciendo demorar el paso de la interminable fila de la procesión. Su personalidad se afirma a cada instante. Su elocución es fluida, su terminología es ciudadana, aunque, a cada instante se agolpan en su boca oleadas idiomáticas ancestrales que pueden más que su autocontrol, y trata de ocultar rápidamente. Fue informante calificado que nos ayudó a completar nuestra visión de manera muy clara. Lo seducía oír su voz conservada en la cinta magnetofónica y, al mismo tiempo, vio en nuestra tarea una manera de propagar el culto de la Virgen de Punta Corral, como su contribución personal a la consolidación de la religión oficial. Así lo interpretó y vació entera su información, que si bien está teñida de fuerte tonalidad apologética, nos instruyó sobre cantidad de aspectos muy interesantes. Fue obediente, sumiso y casi servil. Satisfizo inmediatamente nuestros requerimientos y nos facilitó extraordinariamente el acopio de datos, que analizaremos e interpretaremos más adelante.

Transcurrida ya la media noche, se despidieron hasta el día siguiente ambos personajes. Merlino y yo, comentamos largamente los resultados antes de decidirnos a descansar, para esperar al resto de nuestros compañeros que llegarían por la mañana. A continuación nos ocuparemos de analizar e interpretar algunos de los datos recogidos sobre la aparición y transformación de la leyenda del origen del culto de la Virgen de Punta Corral problema religioso central de esta contribución, cuya elucidación servirá para intuir en su real magnitud, toda la ceremonia y su contexto.

5. DOS HISTORIAS QUE NO COINCIDEN

La primera versión sobre la aparición de la Virgen de Punta Corral fue recogida y publicada por Cortazar en 1953, como ya asentamos en nuestra información preliminar. Según ella, a fines del siglo pasado, vivían en Punta Corral don Pablo Méndez y su cuñado don Roque Jacinto Torres, el primero de los cuales mientras pastoreaba sus ovejas en los cerros de enfrente, tuvo una visión. "Se le apareció una señora blanca, cabellera reluciente, que le habló con amable majestad, preguntándole qué hacía. Maravillado y como quien conversa consigo mismo le respondió. Antes de que se diluyera la aparición, oyó que le recomendaba que al otro día volviera a buscarla. Don Pa-

blo quedó atónito. Se restregó los ojos. Caviló perplejo. Sólo atinó a señalar con piedras el lugar y regresó a su rancho. Allí, reunida la familia en la cocina, contó su aventura. Entre las burlas de unos y el asentimiento de otros, oyó el consejo de su cuñado, que lo indujo al volver al día siguiente al lugar del encuentro. Por supuesto, la señora ya no estaba, pero sobre las piedras dejadas como señal, don Pablo halló una piedrita blanca, pequeña, que recordaba la forma de algunas imágenes vistas en estampas, y sobre todo, a la Virgen de Copacabana, tan venerada en el Altiplano". Parece, según dijo, que estaban patentes la cabeza con su corona, su manto cónico y hasta "alguno modelada la figura del niño". Inmediatamente fueron a Tumbaya, a cuya jurisdicción eclesiástica pertenecía Punta Corral, para pedir consejo al sacerdote, que "reconoció el parecido", escuchó el relato con interés. resolviendo que la piedra quedara en la iglesia, mientras las gentes retornaban a sus hogares. Entre tanto corrieron las voces de la milagrosa aparición y los interesados en conocerla aumentaban día a día.

Así las cosas, al cabo de mucho tiempo la piedrita —Cortazar en su versión dice "la imagen"— desapareció de la iglesia de Tumbaya, ante el asombro y la indignación de los aldeanos. Hasta don Pablo fue arrestado en averiguaciones, pero no pudo aclararse nada. A alguno se le ocurrió regresar al lugar de la primera aparición y, para asombro de todos, estaba nuevamente allí. Esto fue interpretado como que la Virgen manifestaba su voluntad de permanecer en Punta Corral y por eso le construyeron una capillita de piedra, barro y paja. Nótese, acotamos nosotros, que desde el comienzo hay confusión entre la imagen y la piedrita. A poco andar, casi olvidada por sus nuevos devotos y por el mismo don Pablo, la capilla fue desmoronándose y todo empezó a desvanecerse entre brumas de abandono y dejadez.

Por ese entonces una enfermedad al parecer inexorable minaba las fuerzas de Roque Jacinto Torres, que impresionado desde el relato de la primera aparición, puso su vida en manos de la Virgen, haciendo promesa de erigir una capilla digna de su huésped. Para sorpresa y agradecimiento de su promesante, la curación definitiva sobrevino a la brevedad y él, en persona, inició los pasos necesarios para cumplir su voto, encontrando fervoroso apoyo en los lugareños, anoticiados de ese milagro. Los detalles posteriores figuran minuciosamente comentados por Cortazar en las notas ya mencionadas, incluída la vieja rivalidad entre Tilcara y Tumbaya por la tenencia de

la Virgen. Por ellas nos enteramos que el domingo siete de mayo de 1889 fue bendecida la capilla de la Virgen Nuestra Madre y Señora de Copacabana y que, recién en 1938, se construyó un "calvario" en el Abra de la Estancia Grande, lugar de la primera aparición.

El relato, en cuanto se refiere al origen y aparición de la Virgen, no es muy claro ni muy explícito en rigor de verdad. Las circunstancias de "la aparición" no escapan a las de otros ciclos conocidos, sobre todo si tenemos en cuenta la señora blanca de cabellera reluciente del relato de don Pablo Méndez, glosado por Cortazar. Pero la piedrita blanca que recuerda a algunas imágenes de estampas corrientes, especialmente a la imagen de "Nuestra Señora de Copacabana" introduce un factor que no se integra totalmente con el resto. En efecto, es algo incongruente. No se menciona, a lo largo del relato, en ningún momento, ni cómo ni cuándo fue reemplazada por la imagen hoy venerada. No pasó este detalle inadvertido para nuestro autor, que no fue más allá de tomar nota de él. Tampoco se ve con claridad cómo ocurre el despertar de la devoción de don Roque Jacinto Torres, quien "había puesto su confianza" en la Virgen y había sido "impresionado desde el primer momento de su aparición".

En la información que usó Cortazar hay, evidentemente, dos partes. Una historia escrita y documentada, según unos cuadernos que empiezan en julio de 1887 cuando don Roque Jacinto Torres, primer Esclavo, da comienzo al cumplimiento de su promesa. Otra, que se inicia con la primera aparición y termina con la milagrosa curación del que sería su primer Esclavo. ¿Qué se hizo de don Pablo Méndez? ¿Cuál fue su suerte? ¿Cómo se pasó de la piedrita a la imagen? ¿Cuándo se produjo el cambio? ¿Qué se hizo de la primera capilla?

Tampoco se ve ninguna relación directa con la Virgen de Copacabana venerada en Bolivia, en el Santuario del mismo nombre, salvo el hecho consignado de que "la piedrita" recordaba algunas imágenes de estampas corrientes de la Virgen y el Niño, conocidas en Copacabana. Vale decir, que la advocación "Virgen de Copacabana" de Punta Corral tiene ese sólo asidero. Porque en cuanto se refiere a las circunstancias de origen y a sus primeros milagros no hay punto de contacto alguno. La imagen de Copacabana de Bolivia es de factura humana total y desde el comienzo se mueve en el ámbito de la cristiandad, ya se trate de la versión corriente del Inca Yupanqui, o de la recogida a comienzos del siglo XVI por Vázquez de Espinosa⁵. Además, el primero de los milagros consignado por esta fuente, obra

de un religioso, entronca con los milagros clásicos, por así decirlo, de la literatura cristiana. En efecto, el aceite comenzó a manar en cantidad suficientes para consumo a partir de un pequeñísimo depósito. Por otra parte, todo ubica el nacimiento de la devoción por la Virgen de Copacabana, sino entre gente europea, por lo menos ya en avanzado proceso de transculturación, aunque se haya intercalado en algunos de los relatos de su origen, algún dejo indígena, como el Yupanqui ya nombrado, que la fuente más antigua no menciona para nada. Favorecida esta naciente devoción por los clérigos, el resultado final salta a la vista, pues hicieron del templo que albergaba la imagen de Copacabana una suerte de Lourdes del Altiplano.

Todo esto no debe parecer extraño. Es el proceso corriente en casos semejantes de muchos otros santuarios conocidos. Pero nada impide que nosotros lo miremos desde otro ángulo, abarcándolo con perspectivas distintas. El rápido auge del culto de la Virgen de Copacabana, más su origen netamente cristianizante, su total aceptación desde el comienzo por la jerarquía eclesiástica, y hasta la contribución real de misioneros y sacerdotes para propagar su poderosa acción mediadora, son la prueba de que han constituidos diversos pasos de una acción polémica y apologética, que vio en la canalización de esa devoción naciente una manera de terminar, o —por lo menos— cubrir con sello cristiano un viejo santuario regional ubicado en Copacabana, de larga tradición prehispánica y pre incaica.⁶ Pero el resultado no fue ni favorable ni definitivo, según puede confirmarse informándose acerca del proceso posterior y del estado actual de la cuestión. Fuertes acentos paganos, que participan de ritos de fertilidad y ceremonias agrarias, han convertido a la devoción por la Madre de Dios en una vía de escape para una religión nueva, propia de gente que todavía busca salida para un gran problema cultural, problema que consistió en reemplazar su religión por otra que le fue impuesta, que no iba de acuerdo con el resto de su sistema de categorías, especialmente con su estructura socioeconómica, pero que le atraía por el brillo externo de su liturgia y la pompa de sus celebrantes.

Muchas incógnitas nos planteaba la versión recopilada por Cortazar, frente a nuestra información de 1961, especialmente la advocación de "Copacabana" sobre la que hemos discurrido, recién, como paso previo al cotejo con la versión nuestra, que estaba destinada en principio a completar a aquella. El relato que recogimos el Lunes

Santo de 1962, fue, salvo ligeras variantes propias de las circunstancias distintas, semejante al que oímos en agosto de 1961. No transcribiremos toda la conversación, sino que insistiremos únicamente en las diferencias que la separan de la versión de Cortazar, diferencias que nos servirán después, para ensayar una interpretación condicionada de esta fiesta, entendida como el fenómeno de choque entre dos culturas, que trajo como resultado una nueva concepción religiosa.

Desde el comienzo surgen diferencias sustanciales. La “señora blanca de cabellera reluciente” que dirigiera la palabra a don Pablo Méndez “con serena magestad” no existe. Sólo se habla de una *pedrita* hallada en el camino, y no en un lugar indicado previamente con piedras. No hay tampoco referencia alguna al parecido con determinada imagen —léase Copacabana— ni tampoco se habla de “aparición de la Virgen”. Sólo se menciona la *pedrita*. *Piedrita bonita* que don Pablo llevó a su rancho e hizo conocer a sus familiares y vecinos, corriendo así de boca en boca la excelencia de su aspecto y sus virtudes milagrosas. Gente de otros lugares empezó a venir con curiosidad no exenta de veneración. En este estado de cosas decidió *su poseedor* llevar la *pedrita*, no se dice imagen, a Salta, sede del obispado, para “hacerla oliar”, es decir, hacerla bendecir, cosa que se llevó a cabo sin ningún inconveniente. Santificada ya, salió de su cerro y anduvo por valles y quebradas. Su fama se expandió y llegaban peregrinos de tierras lejanas para contemplarla y enterarse de sus milagros (que no se dice cuáles fueron en ese tiempo).

Este ir y venir de tanta gente, desde lugares distintos, y su concentración en sitios determinados, preocuparon a las autoridades de Tumbaya, que vivían pendientes de los acontecimientos políticos y sociales de su época, de modo que, en cierto momento, arrestaron a don Pablo Méndez con “su *pedrita*”, en previsión de futuras complicaciones. Pero al cabo de tres días hubo que dejarlo en libertad porque “la *pedrita*”, *corpus delicti* y motivo del escándalo, había desaparecido. Y después de buscarla por todas partes, volvió a encontrársela en el lugar de su primera aparición. Nótese que hasta ahora, en esta versión, el único elemento religioso cristiano que se mezcla es el “haberla hecho oliar”. No se trata de la peripecia de una imagen sagrada, ni de la señora blanca, ni de la Virgen de Copacabana, sino de una piedra. No desaparece una imagen de la iglesia de Tumbaya, sino una *pedrita*, oliada, eso sí, de la comisaría del mismo lugar.

A partir de este primer milagro, que así se podría calificar la nueva aparición de la piedrita en el mismo lugar en que fuera hallada por primera vez, la versión de don Alberto Méndez se encarrila algo hacia lo que podríamos llamar la "versión oficial" consignada por Cortazar, pero, al mismo tiempo, siguen apareciendo divergencias notables. Don Pablo y sus paisanos deciden edificar un "oratorio" en el mismo lugar donde ahora está la Capilla actual, que fue reformada y ampliada hace pocos años. según documentos en el cuaderno de gastos del Esclavo actual. Preguntado expresamente nuestro informante sobre la existencia de una capilla anterior, abandonada o destruída, negó rotundamente. No mencionó para nada tampoco la enfermedad, la promesa o la curación de don Roque Jacinto Torres, origen de la Capilla actual, según la primera versión que hemos glossado, versión que en este sector, precisamente, no es muy clara.

De aquí en adelante, empieza la segunda parte de la acción. Según la versión oficial, don Pablo Méndez desaparece sin pena ni gloria, y la figura de don Roque Jacinto Torres cubre totalmente la escena. Este asienta rigurosamente en sus cuadernos, según nos dice Cortazar la historia escrita de la Virgen y su Santuario. Actúa como "esclavo y devoto", según los cánones más estrictos que regulan las relaciones entre laicos y religiosos. Pero en ningún momento se explica el tránsito de "piedrita" a "imagen", ni nadie sabe cuándo, cómo o quién la halló, ni siquiera a sugerencia de quién se cambió la una por la otra. Nuestro autor, que también vio algo no muy claro, interrogó al Esclavo sobre dicho cambio y la diferencia de tamaño entre piedrita e imagen, recibiendo la siguiente respuesta: "VEAN PUES ESO ¡LA VIRGEN CRECE DE POR SI!"

Tampoco nuestras averiguaciones tuvieron éxito. La religión oficial, el dogma, parecen haberse impuesto, así a primera vista. Un manto de olvido, entre piadoso y caritativo, se ha tendido sobre los orígenes legendarios. La religiosidad y veneración del hombre primitivo frente a una hierofanía han sido absorbidas, canalizadas y transfiguradas. "La piedrita" ha sido reemplazada hábilmente, como por un prestimano, y en su lugar ha aparecido una imagen que "recuerda" por su aspecto externo a la de Copacabana, que, por rara casualidad, ya era famosa en el Altiplano y en el noroeste extremo de nuestro país. El próximo paso fue lógicamente, la identificación. Surgió así la advocación "Virgen de Copacabana de Punta Corral", que es la que de ahí en adelante prosperaría.

¿Qué ha ocurrido? Se ha dado otra vez una cristianización, que en este caso parecería definitiva, pues el prestigio de la Virgen de Copacabana de Bolivia alcanza y sobra para el fenómeno de Punta Corral. Sin embargo una mirada más profunda nos hará ver la real situación. Fuimos inducidos a considerar más profundamente la cuestión como consecuencia de una afirmación concreta. Ya dijimos que de la imagen en sí, nadie sabe nada. Pero de "la piedrita", sí. Está "en el corazón de la imagen actual". Esta fue la razón por la cual comprendimos que estábamos frente a otro acto del drama que se había iniciado en el primer hallazgo, y sobre cuya interpretación discurriríamos de aquí en adelante.

6. EXÉGESIS CRÍTICA.

Buscando la explicación de estas semejanzas y contradicciones proseguimos nuestra indagación con un análisis más menudo de los elementos de juicio que disponíamos. Pasamos revista nuevamente a las diversas circunstancias que rodearon la aparición y a sus variantes, empezando por "la señora blanca, de cabellera reluciente, que habló con serena majestad". Este elemento formal a todas luces ajeno al resto fue consignado por escrito a partir del momento de la entrada en escena de don Roque Jacinto Torres. Ahí, en los cuadernos, lo leyó Cortazar, pues a él no se lo contó don Guillermo Torres, Esclavo entonces. Tampoco el Esclavo actual, a lo largo de varias entrevistas y conversaciones, mencionó ni recordó para nada a la "señora blanca", de aspecto majestuoso. Ni uno sólo de los peregrinos y promesantes recuerda para nada esa aparición. Don Pablo Méndez, figura real, protagonista inicial, ha sido escamoteado y en su lugar aparece "promesándose", para construir una capilla, don Roque Jacinto Torres. Entre las brumas seniles que invaden su mente doña Dionisia, la Esclava, expresa su odio a los "bolivianos" que desnaturalizan el culto, como un eco lejano de antiguas prevenciones y recomendaciones. Por otra parte, a nuestro juicio esa "señora blanca de cabellera reluciente que habló con serena majestad" recuerda demasiado cerca otra escena muy conocida en la que una aparición semejante, de la Santísima Virgen, dijo "Yo soy la Inmaculada Concepción". No resulta difícil identificar ese rasgo formal de la leyenda como algo agregado, artificial, de neta raigambre europea y católica, destinada a disimular el origen pagano de la aparición.

Continuando nuestro análisis nos detuvimos en las circunstancias que rodearon la aparición de "la piedrita". La versión clásica, cuenta que don Pablo Méndez, marcó el lugar con piedras para recordarlo y al volver al día siguiente encontró una piedrita blanca que recordaba la forma de algunas estampas corrientes, sobre todo a algunas de la Virgen de Copacabana, tan venerada en el Altiplano. Luego fue llevada al cura de Tumbaya que "reconoció el parecido", escuchó el relato con interés y decidió que la piedrita quedara en su iglesia. Nótese que hasta aquí, en la versión inicial, andamos todavía con la piedra, pero inmediatamente, esta misma versión continúa diciendo que "la imagen" desapareció, motivando hasta la detención de don Pablo Méndez en averiguación. Al cabo de algunos días, alguien sugirió volver al lugar del primer hallazgo, donde, con gran sorpresa, se halló de nuevo a "la imagen". Esto se interpretó como el deseo de la Virgen de permanecer allí y le "hicieron una capilla en Punta Corral. no en el lugar en que apareció, es decir en el Abra de la Estancia Grande. Resultado: después de la ida a Tumbaya se ha escamoteado la piedrita y apareció en su lugar una imagen de la Virgen. Cómo, dónde y cuándo se produjo la sustitución, puede deducirse con facilidad. Nada de esto condice con la segunda versión, que no habla de imagen, sino de una piedrita que fue echa "oliar" y que, ya santificada, continuó haciendo milagros. Resulta claro reconocer una intervención extraña y una interesada sustitución, que trae como resultado aparente que la piedrita de la leyenda original se desvanezca como por encanto y en su lugar aparezca una imagen de la Virgen que aún no recuerda a la de Copacabana, sino por algunos detalles de atuendo y nada más.

Respecto de la capilla también hay divergencias. Según el Esclavo actual y nuestros informes, la única capilla que ha existido es la que hoy existe, que si bien ha sufrido cambios, modificaciones y ampliaciones, ha permanecido siempre en el mismo lugar. Pues bien, la versión oficial —que ya podemos llamarla así— introduce una capilla primitiva, hecha de barro, piedras y paja, cuyo abandono, olvido y destrucción, si bien no se achaca por entero ni directamente a don Pablo Méndez, permite la entrada en escena de don Roque Jacinto Torres como deuteragonista rodeado de tanto prestigio que de ahí en adelante nadie más se acuerda de aquel. En efecto su entrada no puede ser más devota y espectacular. Enfermo de terrible enfermedad

decide poner su vida en manos de la Virgen, haciendo promesa de construir una capilla digna de tal huésped. El relato dice que "había quedado impresionado desde la primera aparición" (que él no vio, acotamos nosotros). La curación total no se hizo esperar y el mismo don Roque comenzó a dar cumplimiento a la promesa y a publicarlo a cuatro vientos, convirtiéndose en "Esclavo y Devoto" de la Virgen. De ahí en adelante es ya historia, si no historia eclesiástica, documentada por él mismo en sus cuadernos.

¿Qué ha ocurrido? Reemplazada la piedra por la imagen se ha dado un segundo toque maestro: se echa un manto de olvido sobre don Pablo Méndez, protagonista, sugiriendo, sin decirlo, que hubo de su parte abandono y dejadez, y se permite la entrada en escena, como primer actor, de un promesante típico a la manera católica y europea, que consagra su vida a la Madre de Dios. Por si algo faltara, el milagro de la curación de su enfermedad, en alas de la fama, hace olvidar casi por completo aquel primer milagro de la desaparición y posterior hallazgo de la piedrecita en el mismo lugar, que tiene mucho aire pagano y se parece mucho a "esas piedras que se mueven y animan por sí solas" de amplia dispersión en nuestro continente. Tampoco se construyó allí la Capilla como para evitar asociaciones malsanas. Recién en 1938 se construyó un calvario en Estancia Grande, lugar del primer hallazgo.

En presencia de estos argumentos, ¿no es lícito pensar que nos encontramos frente a un caso de idolatría que ha sido canalizado por la Iglesia hacia otra imagen sugerida con habilidad y más apta para la veneración puesto que aprovechaba de la enorme difusión que tenía ya en esa época la adoración de la Virgen de Copacabana de Bolivia? Creemos que sí. Baste recordar para afirmar nuestra idea, las palabras pronunciadas por el Esclavo ante algunas observaciones de Cortazar. Dijo don Guillermo en una oportunidad: "YO HI DE CONTAR A LOS PAGRES Y NO HI DE ANOTICIAR A CIVILES. SABEN SER ENTROMETIOS". Y en otra fue más explícito: "NU HAY QUE DECIR DE LA VIRGEN LO QUE NO SE SABE DE VERDAD. DE NO, ESTAS IMAGENES, ASI COMO SON BIEN MILAGROSAS, SABEN SER BIEN BRAVAS". Las primeras son el eco de una prohibición expresa. Las segundas, el pálido resonar de un furibundo anatema. Ambas bullen todavía en el recuerdo de doña Dionisia, que en su vejez proveya, ya no sabe su exacto sentido.

Así interpretado el fenómeno, como una canalización hacia cau-

ces dogmáticos, se entiende con certeza que a partir de la consagración de don Roque Jacinto Torres como Esclavo y Devoto, la Iglesia tomó en sus manos el asunto y todo marchó sobre rieles. Para mayor seguridad e información de las generaciones futuras, se consignó por escrito en los cuadernos, que guardaba celosamente don Guillermo, fuentes de Cortazar, de puño y letra de don Roque Jacinto Torres, la historia oficial de la aparición y origen del culto de la Virgen de Punta Corral.

Pero una vez más el tiempo demostraría que no es posible controlar totalmente un fenómeno cultural, y menos aún si éste toca el ámbito de las creencias religiosas o preceptos morales. La sordera casi total que aquejó a don Guillermo, sucesor de don Roque Jacinto Torres, lo hizo aislarse del mundo. Dejó de ser por esa razón el campeón de la *propaganda fide*. Cuando sintió que las fuerzas lo abandonaban, pensó en su sobrino, casi analfabeto y sin preparación expresa, para que lo sucediera. Así llegó a ocupar su puesto don Alberto Méndez, cuya semblanza ya hemos hecho. Este conocía, como hombre de pueblo, como antiguo pastor de Punta Corral, la vieja historia que circulaba de boca en boca, de la "piedrita bonita", de la versión original. Su tío no alcanzó totalmente a imbuírlo de la "versión oficial" y él, a su vez, no tuvo oportunidad ni le era de fácil acceso la lectura de los cuadernos. Como consecuencia, sobreviene el desquite. A falta de insistencia y repetición de la "versión oficial", empieza a tomar cuerpo nuevamente la versión primitiva, pues la otra no les satisface plenamente. Se inicia así el "tercer acto" que podríamos llamar "Sincretismo", algunas de cuyas peripecias hemos conocido. El telón se levanta con la nueva presencia de la despreciada piedrita, que ahora está en el corazón de la imagen, irradiando desde allí su *mana* poderoso en pleno siglo XX.

Las viejas divinidades andinas luchan por sobrevivir y por ajustarse a un nuevo orden en el que, so pena de extinción, deben desempeñar algún papel. Surge así una nueva estructura religiosa, con individualidad propia, que satisface la religiosidad del lugareño, restableciéndose así el equilibrio, que durará cierto tiempo. Y decimos "cierto tiempo" porque hemos visto cómo la Iglesia de hoy, con método no tan sutil como el de siglos anteriores, ha intentado arrancar de raíz, sin resultado por el momento, algo que desde su punto de vista puede considerarse como "un brote de paganismo en el siglo XX" pero que nosotros, a fuer de antropólogos, conocemos como una recuperación del

equilibrio cultural, que se había roto con la llegada de los conquistadores europeos.

La nueva estructura religiosa ha surgido como resultado de una serie de ajustes sucesivos que han sido el lógico proceso que se inició con la conquista espiritual. Ha seguido los mismos cauces que en el Antiguo Perú, pero con varios siglos de retraso, lo que nos ha permitido tomar contacto *in vivo* con fenómenos que hubieran merecido el anatema del venerable y discutido padre Joseph Arriaga. En efecto, la leyenda inicial de la aparición de "la piedrita" o lo que después se dijo "la imagen" de la Virgen de Punta Corral, ocurrió, más o menos, a mitad del siglo XIX, en una época en la que, a primera vista, nadie hubiera podido pensar en un reflorcer de las viejas idolatrías. Tanto fue así que la jerarquía eclesiástica no tuvo inconveniente en "oliar" la piedrita, que volvió a su lugar de origen a continuar con sus milagros por valles y quebradas.

Nadie reparó en ese momento que las circunstancias del hallazgo y posterior desarrollo coincidían en todo con las que el indígena de siglos anteriores llamaba *canopas*⁷ o amuletos, identificados a veces con los penates o dioses lares, hasta en el hecho de que la piedrita era propiedad de don Pablo, que la había hallado.

Tampoco a nadie se le ocurrió pensar en las estrechas analogías formales que existen entre el comienzo de la leyenda de Punta Corral y gran parte de su elaboración original y la leyenda del origen de algunas huacas famosas como las de Llellayuncupa⁸ que fuera recogida por Francisco de Avila en la antigua provincia de Huarochiri. Allí también la "piedrita" fue hallada en parecidas circunstancias y era también de propiedad de la persona que la hallara. También se le hizo una especie de "templete", también desapareció. Pero ésta era una huaca y muy poderosa. Nada tenía que ver con la religión europea.

Sólo después de un cierto tiempo, seguramente luego de la prisión por breves días de don Pablo Méndez y de producido el "milagro" de la nueva aparición en el lugar primitivo, hecho que tuvo tanta repercusión popular, fue que se produjo lo que podríamos llamar la cristianización total. Se reemplaza la piedrita "oliada" por una imagen que nadie sabe ni cómo ni cuándo ocupa el lugar de aquella; al mismo tiempo se oficializa una aparición mítica —la señora blanca— se anula la figura del primer poseedor y se la dota de un "Esclavo y Devoto" de cuya religiosidad y santidad nadie puede dudar: don Roque Jacinto Torres.

Este estado de cosas dura hasta hace pocos años cuando vuelve a hacerse corriente, por las razones indicadas más arriba, la existencia de la piedrita y toma cuerpo la versión de que ésta se encuentra en el corazón de la imagen que se venera en la actualidad.

Coincide prácticamente esta situación con la asunción al cargo de Esclavo de don Alberto Méndez, por muerte de don Guillermo Torres, informante de Cortazar en 1953. De esta misma época exactamente, poco tiempo después, data la presencia inevitable del ayudante don Daniel Flores, sobre cuyo papel no es posible dudar, dada su versación en religión y liturgia, su origen "ciudadano", su vinculación con las comunidades religiosas de la capital jujeña y sus relaciones con la jerarquía eclesiástica. Tenemos la impresión que nuevamente la Iglesia ha adivinado un renacer de las divinidades autóctonas y está tratando de impedir cualquier "disimulación o atrevimiento" de los lugareños. Hemos usado de esta expresión porque valen para esta circunstancia palabras que escribiera siglos atrás el implacable Joseph de Arriaga: "Y a llegado esta disimulación o atrevimiento de los Indios, que a acontecido en la fiesta de Corpus, poner una Huaca pequeña, en las mismas andas al pié de la Custodia del Santísimo Sacramento muy disimuladamente. Y un cura me dijo que había hallado las Huacas en el hueco de las peanas de los santos del altar, que las avía puesto el sacristan y yo las e visto detras de la misma iglesia. Como también se averiguó en Huarochiri por el doctor Francisco de Avila, que para adorar a un ídolo en forma de mujer llamado CHUPIYAMOR y MAMAYOC, hacían fiesta a una imágen de nuestra señora de la Asunción, y para adorar a un ídolo varón llamado HUAYHUAY, hacían fiesta a un Eece Homo"⁹.

Este estado de cosas, que podríamos llamar de sorda tensión, hizo crisis el pasado año de 1961, cuando el entonces párroco de Tilcara, desvinculado completamente de las creencias locales, pretendió de un día para el otro, retirar de manos de sus devotos la imagen de la Virgen e impedir ritos tradicionales como el "tomar la gracia" individualmente, tocando la imagen, el manto o las cintas. Esta actitud promovió una división "a muerte" en la población de la zona. Por un lado, la gente que apoyaba la acción del párroco y acusaba a los otros de adorar "un palo", o la imagen por sí misma, olvidándose de Dios Padre; por otro, la mayoría del hombre común, pastores, agricultores y obreros, que veían en esa actitud una violación de las costumbres ancestrales o una arbitrariedad del sacerdote. De más está que se diga

que el primer grupo estaba integrado por lo que podríamos llamar la "élite" pueblerina, entre las que se destacaban las señoras de instituciones religiosas y cofradías recientemente constituidas. La conmoción fue grande. La lucha tenaz y enconada. El Esclavo amenazó con bajar la Virgen a Tumbaya, la vieja comunidad rival. Una solución transitoria fue el alejamiento del párroco, que permitió el establecimiento de un *statu quo* momentáneo. Pero, paralelamente, ha habido una concentración de misioneros y predicadores, coincidente con la bajada de la Virgen. Además, la acción de la Iglesia se refleja perfectamente en la fiesta. Esta tiene dos caras. Una, natural y viva. Otra, automática y formal. La diferencia estriba en la presencia del sacerdote o de quienes aspiran a intervenir con su misma intención. La exacta ponderación de esta diferencia ya que fue puesta de manifiesto en su oportunidad y ahora intentaremos en cambio, un diagnóstico antropológico del problema.

7. UNA INTERPRETACIÓN DEL CONFLICTO.

Pensamos que la actitud de los lugareños no debe entenderse como una heterodoxia consciente, como una herejía manifiesta, como un afán de engañar a sacerdotes y misioneros, escondiendo sus viejos ídolos o huacas tras la imagen cristiana, sino como una posición honrada, fruto del sincretismo que compaginó la nueva fe con las creencias ancestrales. Este nuevo equilibrio de valores religiosos significa no la apostasía de las divinidades locales, sino la aceptación de nuevos valores que se agregan al panteón ya existente, sin desmedro para ninguno de los dos. Tal cosa es lo que se entrevé en la actitud de peregrinos y promesantes. No hay una intención precisa, consciente, de alejarse de Dios Padre o de relegarlo a segundo plano. No. Con la misma devoción, con la misma unción, con la misma honradez con que invocan a la Pacha al regreso de un viaje o al iniciarlo, solicitan el amparo de la Mamita de Punta Corral para cuando se sienten enfermos o los amenaza una desgracia.

Es lógico que así sea. La sutil distinción de raigambre teológica de adorar la imagen por lo que representa y no por sí misma, no cabe en esta religiosidad simple, natural, espontánea. Para ese tipo de concepción religiosa, sea la del Perú del siglo XVI, la del siglo XIX en nuestro noroeste o la de Punta Corral en 1962, es tan válida la una como la otra. Tan digna de crédito ésta como aquella. Otra vez, a esta

altura de nuestro discurso, recordamos palabras de Arriaga, cuando nos explica: "los indios pensaban que las huacas de los españoles son las imágenes, y como ellos tienen las suyas, nosotros tenemos las nuestras" ¹⁰. Es claro que ambas creencias se han amalgamado sin excluirse. Creen en el Dios Padre Todopoderoso, en la Madre de Dios, pero en una concepción personalizada: creen en esa imagen y en este santo, de la misma manera que veneran todavía una apacheta, un río o una fuente. A poco que se analicen con cierta profundidad muchas fiestas religiosas, se comprobarán nuestras suposiciones. Claro que hablamos de aquellas fiestas religiosas no institucionalizadas, no originadas, no dirigidas, no turistizadas, y no de aquellas que son hoy motivo de atracción para el turista, como La Candelaria de Humahuaca o la Virgen del Valle en Catamarca.

El conflicto que hemos visto estallar más o menos sordamente pero con ciertas sugestivas implicaciones, entre agosto de 1961 y abril de 1962 en nuestra provincia de Jujuy, repite, salvo lejanas variantes, los planteos que en el Antiguo Perú motivaron la acción directa y decisiva —así lo creyó él— del Virrey Toledo. Conflictos semejantes pueden ser resueltos y encauzados de manera efectiva, dicho en otros términos, de manera antropológica, evitando situaciones extremas que los exacerben. Como se trata de conflictos de orden religioso y moral, categorías bastante descuidadas en nuestros tiempos técnicos y pragmáticos, suelen soslayarse, pero es llegado el momento de apreciarlas en su proyección real. No son otra cosa que la exteriorización de un choque cultural que todavía no ha sido asimilado.

El conflicto entre párroco y devotos en Tilcara, que a primera vista parece como una simple querrela entre Esclavo y sacerdote, es la manifestación externa de un grave problema cultural. El choque entre la cultura europea y la aborígena descalabró totalmente un orden cultural preexistente, tanto en sus órdenes económicos como en los sociales y en los religiosos, que se nucleaban alrededor de la comunidad prehispánica. En los primeros momentos la preexistente estructura religiosa permaneció intacta, pero después tuvo que ceder ante la cristianización, de la misma manera que la vieja comunidad debió ceder campo a terratenientes y latifundistas. La estructura religiosa, la económica y la social descansaban sobre la comunidad. Fue necesario un cambio, que ocurrió no hace más de una década para que se produjeran algunas novedades. En esa época, disposiciones provinciales expropiaron las tierras de toda la zona de Punta Corral, permitiendo su

aprovechamiento sin cargo y prometiendo la propiedad privada de los terrenos trabajados que aún no se ha hecho totalmente efectiva. Esto equivale en cierto modo a la vuelta a la propiedad común y al usufructo de la tierra, aunque no por completo, porque la promesa de propiedad privada ya ha causado ciertos inconvenientes pero ha revitalizado, por así decirlo, las viejas raíces casi secas, que cobrando nuevos bríos han avanzado en búsqueda de luz. Empezó a vislumbrarse la posibilidad de nuevo equilibrio que ha encontrado su primera salida por la vía religiosa. Ha cobrado cuerpo una nueva religiosidad que armoniza las dos en pugna.

La nueva entidad retiene en su seno una profunda y complicada maraña de prácticas mágicas y supersticiones que hunden sus raíces en el viejo substratum prehispánico, pero al mismo tiempo ha hecho suyas otras categorías extrañas desde la genuflexión (no muy separada de la mocha) y la incensación (ya se hacía con coa tola), hasta la limosna, las novenas o el rezo colectivo. Bien es verdad que esta nueva entidad no parece regida ni siquiera dominada por la idea del Dios Omnipotente, de la Divinidad Única, pero no por eso es menos humana ni deja de colmar la natural religiosidad de este hombre. No es menos piadosa la actitud de los promesantes y peregrinos ni es menos digna de admiración su devoción. La actitud reverente, recogida, ensimismada de los fieles en el interior de la Capilla es tan pura, tan sincera, tan cabal como la de los más devotos creyentes antes de la Comunión. Falta sólo un detalle, falta un solo paso para que ambas partes queden satisfechas, para que el equilibrio sea real.

Ese paso entendemos que corresponde a la Iglesia darlo cuanto antes, con la seguridad apologética que ha caracterizado sus dos mil años de vida. Por lo menos así lo entiende nuestra mentalidad de antropólogos y de cristianos. Ella puede canalizar y absorber esta nueva religiosidad mediante una actitud caritativa y a la vez firme, tratando de injertar en la nueva entidad lo único que falta o que, por lo menos no está muy claro, que es la noción del Dios Único, primera y única razón de lo que existe. Esto sólo podrá lograrse por la vía de una catéquesis especialmente entrenada, que aprenda a sopesar cabalmente una cultura distinta, tan digna de respeto y comprensión como la nuestra propia, y adentrarse así en su verdadero espíritu. No puede enseñarse el misterio de la creación o la noción del pecado original o la esencia de la redención a hombres que viven en el seno de una religión milenaria de la misma manera que a los niños que se prepara para

la primera comunión. Recordemos, en esta misma línea de argumentación, que si hasta la misma doctrina de la intercesión de los santos necesitó tantas aclaraciones para los propios cristianos, cómo no entender, cómo no valorar, cómo no justificar las dificultades que tienen estos hombres para distinguir estas imágenes de sus propios objetos de culto? Así planteada la cuestión, no causa ninguna sorpresa que confundieran santos e imágenes con huacas e ídolos.

No es posible, según hemos apreciado personalmente, en pleno siglo XX, en ese lugar de nuestro país, encarar la solución del caso como lo hicieron en el Perú el Virrey Toledo o el Padre Arriaga. No en vano han pasado algunos siglos y no en vano los antropólogos han asimilado experiencia y conocimiento. Es evidente que la "tolerancia" que caracterizó a los clérigos del siglo XVII debe retomarse en su punto de partida pero no ya como una manifestación de caridad cristiana sino como consecuencia de un real conocimiento del problema cultural y de sus concomitancias. O sea revivir la vieja y sutil distinción teológica entre idolatría y superstición que permitió a aquéllos ser más amplios, entendiendo que si estos hombres adoraban sus huacas y otros ídolos u objetos cualesquiera, incurrían sólo en superstición, pues ésto no afectaba para nada en la adoración del Dios Unico. Así pudo ocurrir en el Antiguo Perú del siglo XVII: muchos indios bautizados, creyentes y cristianos, honradamente militantes, continuaron reverenciando sus huacas, sin ser declarados por ello incurso en el pecado de idolatría. El agudo estudio de Kubler¹¹ sobre casos semejantes en los primeros tiempos de la colonia es altamente ilustrativo al respecto. Lo que ocurre es que a primera vista resulta muy difícil ver un fenómeno que se está desarrollando hoy, desde la misma postura que pudo observarse aquel.

No se trataría de violar el dogma sino de hacer uso de la natural tolerancia del catequista, que además de su formación doctrinaria y apologética tuviera una formación antropológica, que colocaría así al servicio de sus afanes. Esto en el fondo, no implicaría tampoco una concesión especial de la Iglesia ni sería una novedad. Baste para fortalecer nuestra opinión recordar el cristianismo "*sui generis*" del campesinado europeo de ciertas regiones, como en la Bretaña francesa, Transilvania o la Baja Italia. Mediante esta salida muchos rasgos religiosos que son corrientemente señalados como paganos y heréticos por algunos, y como reminiscencias o supervivencias curiosas por otros, pasarían a desempeñar papel real y de ninguna manera vergonzante o

reprimido, contribuyendo a una integración tangible y completa, que es imprescindible, urgente y vital, tanto para unos como para otros.

8. PALABRAS FINALES.

Hasta aquí hemos planteado la problemática y la interpretación de algunos de los temas centrales de investigación que surgieron de nuestro estudio en Punta Corral. Hemos centrado nuestra atención en el más atractivo que es, por rara casualidad, el más difícil y peligroso: el problema religioso. Nuestra atención, justo es decirlo, tuvo sus razones, entre ellas, el hecho conocido de que las festividades semejantes de muchos puntos de nuestro país han sido vistas siempre formalmente y un poco aisladas de su medio social e histórico. Interesó más la búsqueda del rasgo indígena más notable, o la vestimenta más pintoresca, o las agrupaciones o cofradías, cuando no la policromía y el pintoresquismo, más que la casi inasible esencia del fenómeno en sí, como expresión de una dinámica cultural en pleno proceso.

El resultado de nuestras observaciones fue reconocer que como consecuencia de una puja entre la religión europea y la religión autóctona, empieza a tomar cuerpo una religión nueva que todavía no ha plasmado totalmente, pero que se perfila con caracteres propios. No nos detuvimos ahí. Hemos osado pisar terreno aparentemente vedado, en este caso la posición de la religión oficial de nuestro país, como una posibilidad de contribuir a una rápida integración espiritual impostergable, y así, sin quererlo, quién al principio de la exposición pedía excusas por salir de su campo hacia el folklore, ha caído en la Antropología Aplicada, pues hasta sugiere remedios e indica normas y procedimientos. No debe verse en nuestra actitud ni pedantería ni falta de autocrítica sino el producto de la convivencia con una realidad viva, de la que hemos participado como hombres y como antropólogos.

De regreso, ya en nuestro gabinete, cuando revivíamos el proceso, ayudados por la información y documentación complementaria imprescindible, hemos entrevisto una posibilidad más que aumentó nuestra preocupación y nos hizo sentir la conciencia cabal de nuestra responsabilidad. ¿No será esta etapa inicial de ajuste naciente en el ámbito religioso el primer paso de una integración social y económica que vemos como impostergable e inevitable? ¿No será posible que nuestro esfuerzo pueda contribuir a terminar con el terrible drama del nor-

oeste de nuestro país, el de las "provincias pobres", que es, solamente, una falta de ajuste de su estructura social y económica? ¿No será llegado el momento de salir a la calle, ir a ver esas comunidades, estudiarlas, comprenderlas y canalizar sus problemas por la vía de soluciones reales y no teóricas o de gabinete?

Cientos de comunidades folk, cientos de culturas mixtas, viven a lo largo y ancho de nuestro país, vegetando algunas, durando otras, luchando por sobrevivir las más. No se han rehecho muchas de ellas del choque con culturas superiores o distintas. Pero periódicamente siguen siendo visitadas por pseudo antropólogos que van a mirar su ciclo vital como el Virrey asistía hace cien años a las fiestas de nativos en Africa: como espectadores, cuando no como coleccionistas de recetas desconocidas, coplas inéditas o costumbres raras. Hoy no puede concebirse ni tolerarse esa posición. No tenemos el derecho de solazarnos con nuestra tarea o informar de todo lo que vimos como al regreso de una excursión de caza o de una gira de inspección. Si la posibilidad que hemos entrevisto es real, que así lo creemos, ha llegado la hora de convertirnos en antropólogos militantes. De usar de nuestros conocimientos, explicar los fenómenos, dar consejos, encauzar, llamar la atención sobre cuestiones que sólo el antropólogo profesional puede ver en su exacta dimensión y no postergar un momento más una intervención directa o indirecta.

Nuestra exposición llega a su fin. Ahora cedemos la palabra a quienes consignaron y observaron la fiesta propiamente dicha, para que proporcionen los detalles y el clima en el que se desarrolla el drama que venimos de comentar.

BIBLIOGRAFIA

- 1 ARMANINI, JOSÉ. *La virgen de Punta Corral*, Buenos Aires, 1929.
—*Guasamayo*, Buenos Aires, 1938.
—*Panta Vilca*, Buenos Aires, 1943.
- 2 COLUCCIO, FÉLIX. *Las fiestas tradicionales*. En *Folklore Argentino*, Biblioteca Humanior, Sec. E. Tomo 6, Buenos Aires, 1959, pp. 212/213.
- 3 CORTAZAR, AUGUSTO R. *La virgen de Punta Corral*. *Selecciones Folklóricas*, Año I, N° 2, Buenos Aires, julio de 1965.
- 4 ARRIAGA, JOSÉ DE. *Extirpación de la idolatría en el Piru (Lima, 1621)*, Buenos Aires, 1910, p. 14 y p. 18.
- 5 VÁZQUEZ DE ESPINOSA, ANTONIO. *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*. En *Smithsonian Institution. Smithsonian Miscellaneous Collections*, Vol. 108, Washington, 1948, N° 1623, 1624, 1625, p. 566/568.
- 6 BENNETT, WENDELL G. *The andean highlands: an introduction*. En *Smithsonian Institution. Bureau of American Ethnology, Handbook of South american indians*, Bulletin 143, Vol. II, Washington, 1946, p. 112.
- 7 ARRIAGA, op. cit., p. 15.
- 8 AVILA, FRANCISCI DE. *De priscorum huarochiriensium origine et institutis*. Ed. Hippolitus Galante. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto González Fernández de Oviedo, Madrid, 1942, p. 379 y ss.
- 9 ARRIAGA, op. cit., p. 45.
- 10 ARRIAGA, op. cit., Cf. Cap. VII, especialmente p. 47.
- 11 KUBLEE, GEORGE. *The quechua in the colonial world*. En *Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology, Handbook of South american indians*, Bulletin 143, Vol. II, Washington, 1946.